ULTIMA ESPERANZA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ÚLTIMA ESPERANZA

POR

A. de GÉRY

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SANTIAGO DE CHILE
—
IMPRENTA ERCILLA
—
1899

A Santiago Vicuña Subercaseaux
i Daniel Lopez Perez.

GÉRY.

ULTIMA ESPERANZA

I

HORAS DE ENFERMO

Aquella mañana, una sobreexcitacion repentina desencadenó sus nervios, ajitándolos de una manera estraña. Eran verdaderos asaltos de procupaciones dormidas, de vaguedades y anhelos indefinibles los que sufria ese gran pobre diablo del dolor. Esa tarde de invierno, Paulo parecia adormecerse observando un horizonte lejano, sin límites. Su corazon de enfermo palpitaba sacudido por un temor injustificable.

La noche anterior habia sido de insomnio, uno de esos insomnios cuyos padecimientos exaltan hasta el delirio, estremeciendo el espíritu, mientras desfallecen las facciones, plegándose sobre los huesos como un lienzo mojado sobre un mármol. Habia mucho dolor en esa hermosa cabeza de artista, de facciones pulidas, limadas; de tez amarillenta como las hojas que palidecen en un otoño prematuro; y de grandes ojos negros, hundidos, en que conjelábase un dejo de esa amargura intensa, resignada, que macera la carne con los cinceles del sufrimiento, de una angustia dolorosa para la cual no existen ni las lágrimas, que son el rocio de la amargura.

Eran las remotas y pálidas lontananzas de un paraiso demasiado lejano las que se reflejan en las pupilas de ese enfermo, cuya juventud se habia clavado en las crueles espinas de rosas sin perfume...

Sus manos escavadas, cinceladas por la fiebre, manos soberbias para acariciar sueños y quimeras, se tendian a menudo sobre sus sienes. en que aparecian, como las cortadas cuerdas de una lira, unos cuantos cabellos negros que venian a enlutar su frente pálida,—el blanco ataud de todas sus ilusiones.

¡Cuántas veces no se le via con la cabeza entre los manos como los atormentados que ven pasar a su lado la fúnebre silueta de Ofelia!

Aquel dia se notaba en la fisonomía del enfermo una sonrisa resignada, algo como un adormecimiento de soñador: — talvez sentia caer en esos instantes sobre su corazon, los pétalos de muchos azahares deshojados.

El reloj echó a volar la voz melancólica, romántica de su campanita de bronce·

¿Cómo te sientes?—le pregunté al pobre Paulo.

—Bien, muy bien...

—Es un dia de otoño espléndido – continuè:—un poco de bruma y un poco de sol, fundiéndose en un gris en que parecen sentirse los desmayos de las hojas arrastradas por el viento. ¡Una acuarela pintada con pinceles enfermos de tu mismo mal: de otoño, de romanticismo!

Paulo se sonrió al escuchar mis intentos de acuarelista sin pinceles, a quien se le quedan las tintas entre los dedos.

Se sentia mal, fatigado por un malestar creciente que le dificultaba la respiracion, haciéndonos creer a los médicos que sobrevendria un ataque repentino y final.

—Realmente, el corazon quiere fugársemе del pecho—me dijo.—Pero habrá que retenerlo un poco de mas tiempo... Y lo que es el dia de hoi, lo entretendré con un novelon de Marcel Presvot, que acaban de traerme.

II

LAS JOYAS DE FAUSTO

—¡Sol de otoño!—una Margarita que juega desde el cielo con las joyas de Fausto...

Y Paulo se sonrió, halagado en su inmensa vanidad de hacedor de frases exóticas y brillantes.

La lluvia caia a intervalos, finísima como polvo de perlas, que convertíase en rica pedreria al pasar lentamente a través de una gran pincelada de crespúsculo oscuro, a lo Millet, el pintor del *Angelus*.

—¡Ah! Millet...—dijo Paulo, acercándose a una agua fuerte, sombría desgarradora: un paisaje de campo en que claroaba a la distancia un poco de esa luz última que entristece cuanto besa.

—¡Qué paleta la de ese hombre!—pensó abstrayéndose, adormeciendo los ojos ante la negrísima agua fuerte encerrada en el oro de una moldura en que se difundia opacamente la luz del gas.

—¡Millet!—repitió—¡Cuánto debió sufrir!

—¡Diablos! ¡Todos sufren!—agregó sentándose de través en una silla estilo Luis XI, con incrustaciones de cobre viejo.

Y pensó con mal jesto, golpeándose su despejadisima frente abovedada en que caia con desgano un mechon de cabellos

negros, que si sufrir es la vida, mas valdría sufrir riendo de sus ilusiones i sus engaños.

—¡Si siquiera eso pudiera conseguirse! Pero uno lleva desde que nace los jérmenes del dolor...

Y recordando sus premios de bachiller y su temprano escepticismo, que lo había llevado hasta vivir en silencio entre sus libros, sus cuadros y las molduras de oro de su cuartuchin, estuche en que reinaba la mas completa anarquía en materia de estilos, recordó a los sofistas griegos, a Gorjias, a Diagoras, a Crítias.

—¡Esos sofistas!... no reconocian ningun princípio de moral... ¿Y acaso no podria ser el mejor programa de la existencia vivir bien, llorar riendo? ¡Pero cómo armonizar esa conclusion con el principio de Crítias!

Cavilaba echado atrás en el soberbio Luis XI de cuero labrado.

—La sociedad de hoy ha vestido de frac a la moral...

Y seguia pensando, vagando sin rumbo tras una soñada armonizacion del bien, la felicidad y el amor.

—¡Acaso estaré loco!—se dijo ese dia.

Miró una obrilla fiorentina, un viejo armario de aficionado a coleccionar antigüedades.

—¡Se falsifica mucho ahora!—esclamó levantándose.

I se acercó al mueble para verlo mejor:

¡—El siglo XIX falsificando al siglo XVI!

Era gran aficionado a las antigüedades, a los bronces, a los cuadros de firmas universales. Tenia un admirable y pequeño Sévres segundo Imperio.

En las noches, en invierno, cuando regresaba del teatro acariciado por su pellerina de principillo al llegar al gabinetito de diletantti nervioso. de artista hastiado antes de haber emprendido nada, porque estaba convencido de antemano de la inutilidad de todos sus esfuerzos, sepultaba en el fondo del vaso de Sévres la luz de un pequeño cirio nupcial. Entonces se embriagaba, deliraba en medio de la claridad azul que irradiaba el jarroncillo de misteriosa trasparencia.

Se asomó a la ventana, empañada por la bruma de la tarde.

El *hansom-cab* de un *dandy* de moda cruzó cabeceando, iluminado a ratos, al pasar ante los faroles, por un fugaz brochazo de tinte amarillento.

Resonó una campana. Paulo se acordó de sus tiempos de colejio. de su amor, que se consumia en silencio, sin una lágrima, sin un adios.

Abrió un libro y se puso a leer: queria olvidarse de todo, distraerse, no tener conciencia de si mismo; pero la campana seguia llorando a lo lejos, llorando con una

voz de niño que temblaba melancólicamente.

Miró la hora, recordando con desgano, fastidiado realmente porque tenia que vestirse de frac, ya que esa tarde habia que comer con invitados especiales, políticos *eminentes*, amigos de su padre a quien acababan de encomendarle la organizacion del nuevo Ministerio, graves personajes a los que habia oido hablar tantas veces, entre sorbos de café y el humo de magníficos cigarros, de la conversion metálica i de *la cosa pública*, de esa indecencia de *la cosa pública* que él conocia mejor, muchisímo mejor que todos ellos, puesto que observaba las cosas por el lado íntimo y reservado.

—Francamente, —solia decir, —estoy cansado de ver la indumentaría deslumbrante de la escena y la miseria y la desnudez de bastidores ..

Y en realidad, el comedor espléndido, salpicado de luces, rebosante de mujeres vestidas por madame Croix, era un observatorio curioso, una sala de diseccion ruidosa y brillante para él que estaba siempre silencioso, escuchando el ruido aristocrático, lleno de pausas, de rumores de charla y de palabras sonrientes, dichas con toda la buena intencion de quien clava a través de sedas y encajes, alfileres de oro mojados en hiel, este licorcillo que sabe a la sangre de algun viejo Borgoña en labios de mujer.

—José, encienda luz en mi dormitorio y sacuda un poco el frac

Hacia muchas noches que no iba al teatro, contentándose con salir en las tardes a dar una vuelta al Parque.

Le agradaba, le complacia irse solo, sin mas amigos que todas esas ideas un poco confusas que se le habian entrado a la cabeza desde que hacia rigurosa vida de benedictino lector de novelas.

Era casi feliz en sus escapatorias fugaces, cuando iba en busca de aire, de luz y de vaguedades crepusculares - Habian hallado un campo propicio en que albergarse y fecundar esas ideas estrañas y desconsoladoras que vierte en sus obras el observador moderno, - tan tremendo, tan cruel que no va dejando ya nada ni al corazon ni al sentimiento.

—¡Oh! qué horror...

La sed, el afan de algo nuevo, de algo que pudiera satisfacer los anhelos de lo que el espíritu no puede concretar, se estrellaban con la lucha, con los afanes de la vida; y empezaban a trastornarlo, creando un segundo Paulo dentro del Paulo infantil de otros dias, de esos lejanos y plácidos años de colejio, cuando discutia sobre Santo Tomas y su escolástica con el buen Padre Jinebra.

Sus enfermedades, sus desengaños prematuros, la fuga de todas las esperanzas, lo habian hastiado, envenenado su espíri-

tu, haciéndolo pesimista, matando su espontaneidad, convirtiéndolo en analizador, y en analizador cruel a su pesar.

—¡Y cómo no analizar en silencio, pensaba—cuando no se puede hablar lo que adivina ese tremendo poder que nos convierte en perpétuos disectores morales, que vivimos eternamente con el escalpelo entre los dedos... ¡Ah! es tremendo el analisis que nos enseñan a hacer esos malditos libros, escritos en medio de una sociedad que no es la nuestra, pero que tiene, sin embargo, con ella las mismas similitudes, los mismos jestos de odios ocultos y de vergüenzas no confesadas... ¡Y cómo no acordarme del buen Padre Jinebra y su filosofía candorosa! El mundo y la felicidad es de los tontos! Maldito progreso que ha hecho que el cultivo de ciertas facultades convierta a algunos hombres en enfermos que viven espiándose.

—¡Porque esa es la verdad! —agregó.— El mundo se ha convertido en una inmensa policia secreta y cuando pensamos en silencio, quien sabe por qué secreto ocultismo, conoce el vecino lo que pensamos...

Y descendiendo de lo mas alto de sus abstracciones filosóficas a las prosáicas operaciones prácticas, Paulo empezó a vestirse.

El ruído lejano de un dia de recepcion llegaba hasta su pieza, rodando por el charolado parquet, percibiéndose a ratos claro

y alegre, y espirando despues en rumores casi imperciptibles.

III

MÚSICA VERDIANA

Paulo descendió los escalones de mármol, lloriqueados por la lluvia, envuelto en su pesado abrigo para librarse del frio de la noche de invierno.

—Al teatro...

Adormecido en el lujoso americano por la doble y ténue languidez en que suele dejar el corazon a sus enfermos, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las piernas tendidas, parecia un cadáver al cual hubiesen metido de frac al ataud.

Le satisfacía esa penunbra, esa oscuridad de féretro andante en medio de la llovizna de la noche de invierno.

Lo sumia en cierto adormecimiento, en el olvido de la vida, la carrera fugaz del carruaje i hubiera querido vagar largas horas, entregarse a esa dulce inconsciencia que le alejaba por un instante de las mortificaciones de su amor imposible.

Ese estado tan característico de los convalecientes, cuyo espíritu va de una cosa a otra como vagando, sin apercibir las acen-

tuaciones y contornos de la realidad, le proporcionaba, por fin, uno de esos momentos de semi-alucinacion en que parecen satisfechos todos los deseos, los sueños y los ideales. Se encontraba en medio de esa calma feliz, risueña, que sigue a las crísis que han quemado el corazon con la llama de los deseos no alcanzados. Tras la derrota de nuestros anhelos, el alma queda momentáneamente vencida, moribunda: la fuerza consumida por la fiebre la deja en la estagnacion, sin destellos, como una crisálida ajitándose bajo el pálido luto de las hojas de otoño.

Quién sabe en virtud de qué misteriosa ley existe en ciertos hombres un tremendo desequilibrio entre la pasion amorosa y sus otras facultades afectivas. Concéntrase, reúnese con tal intensidad en algunos de éllos la pasion, debilitando sus otros afectos, que les hace seres inútiles, que llevan en sí mismos la causa de sus desgracias. Esa desigualdad entre la pasion i la fuerza para resistir sus estragos, los inutiliza por completo, convirtiéndoles en séres enfermos o desequilibrados. I si los envenena el desengaño, empiezan a morir, a consumirse como la planta sin riego.

Paulo era uno de esos enfermos incurables.

Una educacion defectuosa, que habia dado importáncia única a las aficiones de

artista del pobre niño, le alejó de la lucha. que vigoriza, despreocupándole de la vida práctica, en que no tenia para qué pensar.

Dentro de su misma casa fué alejándolo la preocupacion constante de que todos observaban su incurable mal, que parecia inclinarle prematuramente hácia la tierra, como un anciano a quien los años empujan tarde i mañana en busca de la tumba por abrirse. Comprendia él mismo que no era el llamado a alegrar las recepciones de la familia. Su presencia evocaba la tristeza i era la señal para hacer el silencio. Acaso se le compadecia en el fondo porque un enfermo, casi un moribundo, a quien ya tenian los medicos sentenciado a muerte, era el espectro de la alegria Cuando él comprendió esa sentencia espantosa, empezó a alejarse, a vivir lejos de todos, en la inanicion. I como si aprovechara el amor, la fuerza que dejaban en falencia sus otras facultades, Paulo concibió una pasion que habria parecido inesplicable al que no hubiera hecho la disección del medio en que vivia, de su educacion i de sus desgracias. Su pasion era única. Toda la fuerza espiritual de su ser se concentraba en ella. Cuando la regularidad de la vida reparte las actividades del individuo, todas sus pasiones son proporcionales, sin grandes desigualdades, sin cimas ni abismos. Solicitado el cerebro por las múltiples

luchas de la vida, solo en caso de herencia o de atavismo podrá jirar i fijarse al rededor de un solo objetivo.

Esa ley hipotética—su vida, su desgracia—habian hecho de Paulo una especie de asceta del amor,—único atractivo capaz de hacerle mas blandas las arideces de su camino i menos punzantes las espinas de su corona de mártir...

Pero sus dolencias físicas le condenaban a ocultar hasta ese amor grande i salvador.

—¡Quién sabe si solo amando un imposible puede conservarse siempre el ideal!—pensó esa noche, saliendo de improviso, queriendo sacudirse de la indecible amargura de sus divagaciones.

—I ¿consiguiendo lo imposible, lo soñado?...—Viene la derrota del ideal,—agregó.

Ajitábanse pesadas nubes de pesimismo entre las auroras ya muertas de esa alma de soñador.

—Acaso seria preferible conservar la distancia entre los brazos i la imájen adorada porque las imájenes suelen resultar toscas esculturas talladas en madera.

I en realidad, esa mujer que empesaba a amar locamente, ¿no podria resultar una antítesis violenta con la excelcitnd quimérica de que él la rodeaba?

\+ \+ \+

—¡El argumento del *Rigoletto!*...—tartamudeaban los muchachos a la puerta del teatro.

—¡Es demasiado viejo!—pensó Pablo.—Se encontró de improviso en medio del *foyer* bañado en luz. Aturdido por la brusca transicion entre la soledad de sus meditaciones i aquel cuadro espléndido, se detuvo un instante observando a traves de la gran mampara—tapa de trasparente cristal empañado en luz de esa inmensa caja de Pandora, llena de bellezas, de sonrisas i de voluptuosidades que se llama un teatro.

Pasaba de la oscuridad a las radiosidades de una gran noche de teatro. Ese cambio brusco, sin intermedio ni preparacion, le dejó anonadado, le desfalleció

La orquesta, dirijida Campamni preludiaba rumores lejanos, melodias cortadas, que llegaban dispersas, destrozadas hasta la calle i la plazuela. Iba a empezar el primer acto. Se hacia la ilusion el pobre Pablo de que era mui lejos donde preludiaba la orquesta languideces inarticuladas, notas sueltas, sin ritmo ni compas, sin el adios lánguido de las melodias; vagos rumores de notas que llegaban hasta él sin perfume, hablándole de vaguedades intraducibles. Le embargaba un dulce desmayo, aspiraba con voluptuosidad esquisita esa atmósfera embriagada de luz. Buscó un sitio en que

estar medio oculto para librarse de los amigos que iban a la cantina a beber oporto caliente.—¡Es el peor de los martirios no poder estar solo cuando se quiere!

Casi escondido entre los pliegues del *portier* que daba acceso a la sala, se quedó un instante observando el *foyer* en que cruzaba i desfiba, conversando, i saludándose, un sin número de alegre jente vestida de frac, que parecia feliz con la espectativa de una noche de ópera, nocha espléndida en verdad, noche de iuvierno en que se sueña despierto con los escotes que ocultan apenas esos misterios, esas divinas irrupciones de la línea que se llaman los senos femeninos.

¡Ah! el *foyer* de un gran teatro! Magnífico cuadro en que mézclanse i fúndense en un conjúnto mareante con la aparicion vaporosa de las sedas, la luz satinada i los destellos de las joyas cuyos parpadeos semejan luciérnagas surjiendo de los efluvios de la carne, palpitantes entre encajes i plumas.

I ante el gran cuadro, Pablo sentia avivarse i revivir nerviosamente el proyecto de escribir *su novela*, la novela de su amor i de Marta, la novela de un amor imposible al rededer del cual jiraria un pedazo del pequeño gran mundo santiaguino;—novela local, única, porque él habia descubierto la orijinalidad de ese *gran mundo*..

—¡Una novela orijinal!

I esa idea tan sincera, tan hondamente sentida en sus fiebres de artista, volvia a asediarle, galvanizando de súbito los nervios del pobre enfermo.

—¡Una novela orijinal!—pensaba.

¿I cómo, si las costumbres del medio en que vivia habíanse formado de improviso, imitando al gran mundo europeo?

—Precisamente está ahí, en ser un reflejo, una parodia, su orijinalidad. ¡Oh! la novela de un *gran mundo* refinado de improviso, i que siente constantemente la fiebre de todas las exaltaciones!

¡Si le hubiera escuchado su padre, el grande hombre!—¡Le habria llamado demagogo!...

Era uno de los síntomas mas frecuentes en ese modernísimo dejenerado de Hamlet, la exaltacion de ciertas ideas nobles, repentinas, que aparecian en su cerebro, interrumpiendo el curso de sus preocupaciones cuotidianas.

* † *

Acababa de empezar el primer acto del *Rigoletto*; pero Pablo prefirió quedarse en una de las otomanas del *foyer*. Se cubrió las piernas con su marfacklan, ajustándose las vueltas del frac sobre la prechera albísima, i se dispuso a hacer de aquel *foyer* un momentáneo gabinete de pensador.

La aparicion de una lindura de veinte años que llegaba retrasada en compañia de su padre, le recordó de improviso su casi amor de otro tiempo con una chiquilla de «dieciocho primaveras», como decia antes con injénua i candorosa poesia, el lenguaje de los provincianos enamorados.

¡Ah! Hubiera querido enamorarse locamente de aquella mujer para prolongar la aurora de su vida que empezaba a encanecer....

La habia visto como un contraste delicioso con las mujeres que forman el *gran mundo.*

¡La mujer del gran mundo!—pensó esa noche, volviendo a divagar sobre su novela i el terrible análisis que haria de los séres prematuramente desequilibrados que empiezan a aparecer mediante una educacion errada i defectuosa.

¡Esa mujer de los dieziocho años, cándorosa, inocente, de que se habia creido enamorado en otro tiempo!... Inefable recuerdo que le llenaba el pecho de recuerdos!

\+ † +

Iba a empezar el segundo acto del *Rigoletto.*

Al entrar a la sala se encontró con «Pantagruel» i «Talleyrand»,—Fumaban melancólicamente sus cigarrillos marylanes.

—¡Insignes!—les dijo Pablo, aludándolos.
—I tú, ¿sanaste bien?
—Así, así ..

La cara fosforecente de Pantagruel empezó a iluminarse ante la secreta espectativa de la cena donde el difunto «papá Gage.»

«Talleyrand» dijo que aquella era su noche triste. I el regaton de su bambú golpeó pausadamente los ladrillos de mármol con un retintin de resignacion melancólica.

Pantagruel advirtió con solemnidad que si alguien invitaba a cenar, él se comprometia a concurrir con bailarinas. I silbó un airecillo cancanésco.

En seguida hubo un momento de silencio pavoroso.

—¿Tú las conoces?—preguntó «Talleyrand».—Son buenas mozas...

La estúpida charla con unos cuantos amigos languidecía, falta de animacion.

— Estoi bastante mal aun,—les dijo Paulo, sonriéndose.

Los marylanes humeaban funerariamente cuando Paulo se despidió.

—¿Han visto?...—dijo Pantagruel, viéndolo alejarse.

*
* *

La atmósfera tibia del teatro empujó de

nuevo á Paulo hácia otro tiempo, á la rejion de los recuerdos. Le asaltaba ténuamente ese deseo de calma, ese adormecimiento tan frecuente en los convalecientes

Los violines de la orquesta, libres de la batuta del maestro durante el primer entreacto, se entretenían en jugar locamente, charlando, murmurando frases inarticuladas. acompañando el confuso rumor que se desprendia de los palcos,—esos pequeños salones en que se habla a media voz i en que la lenta ondulación de los abanicos parece llevarse secretos deliciosos, apenas pronunciados.

Un deseo indecible de felicidad le llenaba el pecho, haciéndolo mirar con dulzura todo lo que le rodeaba. Es indudable: la música nos hace buenos.

En medio de las abstracciones extra-terrestres en que suele sumerjirnos, evoca gratas visiones, entre cuyas vaguedades se pierden las almas fatigadas, acariciando el dulce deseo de olvidar las miserías del mundo... Entónces se diría que el alma procura adormecerse en el seno ideal de las visiones que pasan.

La charla de los violines continuaba murmurando frases de poemas, estrofas aisladas.

Los palcos estaban rebosantes de mujeres que observaban á los confusos grupos de platea con sus incansables impertinentes.

Solo uno de esos palcos estaba abandonado.
—El de Marta.

¿I por qué? La funcion de esa noche —la *reprise* del *Rigoletto*,—correspondía al abono de su letra.

I no había ido!

Paulo divagaba, perdiéndose en conjeturas que le mortificaban más que a enamorado alguno, porque él era un enamorado único, colocado en una situacion escepcional por la suerte.

Cuando iba al teatro i no veía a Marta, sufría horriblemente. Le parecia que esa soñada mujer huía de él, no queriendo verle.

¿Acaso habría descubierto que empezaba a amarla locamente?

—¡Si hubiera comprendido que la quiero, que la amo mucho a élla, a la mujer casada! —pensó Paulo.

*
* *

El canto del Duque alejó momentáneamente a Paulo de sus divagaciones.

Había visto muchas veces el *Rigoletto*; pero esa tendencia oculta que suele descubrirse en algunos enfermos de contemplar los séres con quienes guardan algun doloroso parecido, le empujaba al teatro cada vez que daban el *Rigoletto*.

—I yo, con mi deformacion, que como estrecha celda va poco á poco estrangulando mi corazón, ¿qué soi, sino un bufon disfrazado?—se preguntó, haciendo uso de esa franqueza cruelísima que emplean consigo mismo los que pueden aplicarse el hierro candente de los análisis despiadados.

Con la barba pegada a la blanca i tersa pechera, afirmando los codos en los brazos de la butaca, con las rodillas en alto, en una actitud que le recordaba a los grotescos favoritos de la corte de los Valois, pensaba en su deformacion, en la estsechez de su pecho atrofiado.

Acaso había sido su constitucion física la que habia hecho de él un sér desgraciado desde la cuna.

Impelido a observarse constantemente, había concluido por jeneralizar su manía esforzándose primero i encontrando fácilmente despues, en todo lo que le rodeaba, deformidades repugnantes.

Solo en los momentos en que irrumpía, desbordándose, su inmensa vanidad secreta, se sonreia, pensando en que su cuerpo de torturado, encerraba el alma de un filósofo.

¡La suerte había hecho de su envoltura un frájil juguete que encerraba la linterna de un Diójenes!

Sufría por eso la tiranía, el despotismo implacable de las obsesiones, adheridas al cerebro como placas venenosas.

Se difundían melancólicamente en ese instante las notas del *allegro*:

Possente amor mi a chiama.

El infausto y desdichado bufón buscaba a su hija deshonrada, i en las tristes notas del *andante*, jemían las lacrimosas melodias verdianas.

El telon caia por fin en medio del estrépito de los finales de funcion. Se descorrían las *portières*, sonaban las pequeñas puertas de los palcos, despidiendo con un leve jemido de sus goznes a las mujeres que salían, embozándose en sus capas blancas, rosadas,—los colores de la tenta- y los ensueños.

La asistencia de platea se arremolinaba, saltando sobre los asientos en un desmedido deseo de salir, agolpándose en los pasillos que dan al *foyer*.

Miradas i murmullos, jente que sale, levantándose el cuello y doblándose los pantalones, porque afuera llueve horriblemente. La corriente se agolpa en un amasijo deslumbrador: es que cada cual va en busca del lecho, la cena, el descanso, el placer, las cartas del bacarat.

La sala queda al fin á oscuras, tenebrosa. Es un inmenso i réjio salon vacío. Las molduras doradas, las rojas colgaduras, todo desaparece, confundiéndose, enlutándose en las sombras i la oscuridad.

Solo una atmósfera tibia vaguea en la sala; flotan perfumes penetrantes que empiezan a desvanecerse, perfumes de blandos lechos, de besos, de caricias.

Las últimas oleadas abandonan el *foyer* en que tiritan las luces del gas con estremecimientos de frio, que hacen pensar en la miseria que pide un poco de pan y de abrigo.

Los rumores de la concurrencia que se aleja, piérdense en la plazuela, en la cual se arremolinan los carruajes, cuyos pescantes ostentan aun de pie a los *grooms*, con sus grandes capas, i sosteniendo con una mano las riendas i con la otra el paraguas empapado por la llovizna.

Divísanse de traves, opacamente, como brillantes ocultos tras un tul, las luces de los faroles de las calles.

El gran Santiago se va en demanda del club, del naipe, de la sena triste ó alegre. Es el gran Santiago dispersándose en filas negras, que marchan apresuradamente por las aceras i avenidas en que brillan los charcos de barro, iluminados por los intermitentes brochazos de luz que despiden los faroles azotados por el viento.

Doblando hácia la calle de Huérfanos, percíbese una trinidad de elegantes que detallan distintamente sus líneas correctísimas. Marchan con su peculiarísimo desenfado.

La donna é movile

¡Son Talleyrand y Pantagruel que caminan a marcha forzada en direccion al viejo restaurant Gage, cantando tomados del brazo, los graciosos *couplets* del tercer acto de *Rigoletto*!

IV

A LA LUZ DE UN UN JARRON DE SÉVRES

Eran mas de las doce i media cuando Paulo llegó a su gabinete. Descubríase en la estancia esa tendencia marcadísima a los acumulamientos de objetos heterojéneos que se nota en los *interiores* de todos los artistas.

Sentía el pobre enfermo un íntimo deseo de estar sólo, en silencio.

Hai una necesidad constante, en todas las pasiones no confesadas, de buscar la

soledad, de abstraerse en una especie de beatitud amorosa. Ese mismo silencio en que se desarrollan los sueños de los Don Juanes del alma, sin el consuelo de ningun ser estraño, sin ayuda, se exalta en el mutismo y desespera a esos inocentes condenados de la vida.

Por eso Paulo había llegado á convertirse en un solitario que hacia vida de benedictino entre sus cuadros i sus libros, anotados i plagados de apuntes i comentarios.

Esa noche sentía mas que nunca la necesidad de reconcentrarse en sí mismo.

Un sorbo de viejo oporto medicinal le sumió en una especie de sopor en que parecia sentir los últimos ritmos del *Rigoletto*, balanceando i meciendo un sin fin de recuerdos confusos i lejanos.

Una de esas indefinibles evoluciones del espíritu fué aclarando poco a poco la revuelta oscuridad de sus ideas i sus sentimientos, e iba apareciendo clara i precisa la figura de la mujer amada.

Solo élla tenia el poder de fijar las ideas de Paulo, impidiéndole sus frecuentes escapatorias a traves de las mas complejas oscuridades psicolójicas.

Se desesperaba analizando esa pasion absurda, enfermiza, imposible—¡su amor por una mujer que no podia ser suya!

¿Cómo habia llegado a amar a Marta, su prima?

I ahí aparecia el primer punto que le atormentaba, al pensar que Marta habia sido víctima de una de esas uniones, casi siempre efímeras i desproporcionadas, que suele efectuar la *conveniencia social*.

Realmente,— pensaba,— ese convencionalismo reserva a la mujer el papel de mártir, i de mártir que no tiene otro derecho que llorar en silencio. Ese convencionalismo que coloca a la mujer en tan desaquilibrada situacion respecto de las que han realizado matrimonios equilibrados por una simpatía comun, exije de élla una doble fuerza de voluntad para permanecer sin mancha.

Si cae, i cae tambien el *Gran Galeoto* sobre su falta, nadie la disculpa, sin tener en cuenta que no se puede pedir a una mujer una virtud cuádruple o quíntuple a la de las demás...

Paulo pensaba en Marta, en esa mujer talvez desgraciada i única para él; porque solo ella parecia comprender las dolencias morales del pobre artista, hastiado prematuramente i enfermo de muerte

El agradecimiento, la simpatia irresistible por esa mujer escepcional habian ido siguiendo una progresion siempre creciente, que llegaba por fin al amor irresistible.

—¿I si élla llega a descubrir mi pasion? Acaso tendria que arrepentirse de haber sentido lástima por mí!

Le dieron deseos de llorar.

Sobreexcitado por el viejo oporto medicinal, tuvo el capricho estraño de apagar el gas i sepultar una luz en el fondo del jarron de Sévres. Una claridad ténue, de color azul de aurora, un matiz indefinible casi, lo negro luchando con la luz, el último suspiro de la noche derrotado por la primera sonrisa de la mañana, algo como el color azul levemente nevado de una capa de teatro de Marta, se difundió por la pieza, dejándola sumida en una penumbra que hablaba de amor i de misterios.

—¡La luz de un jarron de Sévres!

Si ella la viera, se enamoraria de esa palidez estraña.

I pasando sin transicion de una cosa a otra, se preguntó una vez más cómo habia llegado a enamorarse de Marta.

Larga historia que Paulo quiso recordar de nuevo. Acababa de recibir un diploma profesional por aquel entonces,—diploma que no habia vuelto a recordar.

Su espíritu, plagado de ideas nuevas i de atrayentes paradojas, se encontró de improviso, como por primera vez, ante una mujer.

El le habló de complicados problemas psicolójicos.

Un dia abordó francamente la situacion en que le parecia que se hallaba Marta, su linda prima Marta.

Le habló en jeneral de la mujer unida a un hombre con quien forma la mas violenta antítesis .. Esa mujer seria desgraciada, inevitablemente desgraciada .. En el fondo, viviria llorando.

Marta habia guardado silencio en aquella ocasion. Escuchó vagamente a Paulo. No comprendia, no podia esplicarse cómo el pobre enfermo, que era todavia casi un niño de veintisiete años, habia llegado a auscultar tan a fondo sus dolores de mujer, casada con un hombre a quien no amaba. Paulo esponia metódica i ordenadamente sus ideas. Disectaba i cortaba sin herir, como un viejo profesor de anatomía moral Ella sentia una satisfaccion de alivio escuchándolo. El, el psicólogo sutil, parecia no aludir a caso alguno determinado. Hablaba en términos jenerales, esforzándose por no llegar a conclusiones inevitablemente pesimistas...

I, sin embargo, de la charla monologada de Paulo, de ese análisis cruelísimo i despiadado que hacia, surjia real, palpable, la figura de la hermosa mujer, martirizada por un matrimonio de circunstancias que se le habia llegado a hacer insoportable.

Paulo la compadecia, comprendia todas sus torturas; habia llegado a descubrir sus interminables i silenciosas amarguras. Y élla empezaba a sentir vagamente la necesidad de algun vínculo de union con ese ser que la comprendia...

¡Ah! pero ¿cuál podria ser ese vínculo...?

Veia mui bien toda la triste verdad que habia en las palabras de ese niño a quien habia mirado como a un hermano i que acaso la amaba sin atreverse a confesárselo.

Realmente, élla habia sido una víctima.

Asediada, empujada a un matrimonio ventajoso, del cual iba a resultar la salvacion de la fortuna de su padre, su boda se habia efectuado sin que élla misma la resistiera, porque habia llegado a hacerse la ilusion de que llegaria a enamorarse de su marido. Pero se habia equivocado, i el desquilibrio no habia tardado mucho en aparecer, haciéndola comprender que no amaba i que era imposible que llegara a amar al hombre con quien la habian unido *para siempre*... Se habia empeñado con valor en una lucha imposible por llegar a amar a su marido,—lucha en que habia sido inevitablemente vencida Entonces habia venido la reaccion horrible, insostenible, la sublevacion secreta i constante en que vivia contra el pobre hombre, contra el pobre marido.

¡Cuántas veces pensó con enternecimiento en las palabras de Paulo: – el convencionalismo, el utilitarismo de que suele ser víctima la mujer, hace muchos mártires...

I de ese eterno i amargo placer en analizar las propias desgracias, sentia Marta

que empezaba a nacer el amor para ese otro ser desgraciado, para ese pobre enfermo condenado a muerte por los médicos.— los inapelables todopoderosos de la tierra.

Una lijera embriaguez sumia a Paulo en una de esas somnolencias que adormecen el espíritu en un crepúsculo indefinible.

Hundió la cabeza entre las manos, dejando vagar el alma. Veia surjir entre las palideces transparentes que irradiaba el jarron de viejo Sévres, la figura de Marta. Veia en realidad que élla lo miraba sonriendo con tristeza, con los ojos llorosos, arrancándose una a una las flores de su primer traje de baile.

Pensó que llegaba por fin al momento de decirle que la amaba.

¡Ah! pero cómo disculparse ante élla de esa declaracion que se hacia inevitable! Le diria que ese amor no confesado empezaba a matarle con su silencio, que le parecia un secreto horrible. Le diria que no podia morir llevándose esa oculta pasion que lo torturaba sin piedad. I élla, acaso le tendria lástima, porque era buena, profundamente buena. Ante esa declaracion inaudita, él le pediria que lo perdonase, porque no se habia sentido con fuerzas para permanecer en silencio.

No pedia otro consuelo para su amor que tener valor para decir alguna vez esa frase que le quemaba i que brotaba incon-

tenible de su corazon, sin atreverse a llegar hasta sus labios.

Creíase uno de esos condenados a no inspirar nunca una pasion sincera.

I antes de buscar la comprobacion práctica de esa idea terrible, se habia resuelto a vivir alejado, sin mas amigos que sus libros, sus acuarelas i sus proyectos literarios.

Les profesaba un afecto apasionado, un verdadero culto amoroso a todos esos cuadros i *bibelots*. Cuando sus nervios i el médico le daban tregua, trabajaba febrilmente algun pequeño cuento primaveral, fresco, diáfano, cuento de flores, de violetas que, en vez de rocío, aparecian bañadas de lágrimas. Eran sus momentos felices i sus horas de calma, aquellas en que escribia sus caprichos artísticos, derrochando frases de una elegancia admirable, mezcladas de observaciones profundas i crueles. Se habria creido que escribia sobre aristocrático pergamino, entre cuyos desflocamientos, surjian confundidos, azahares deshojados i punzantes abrojos.

Escribiendo, inclinado sobre su pequeña mesa de sándalo tallado, lograba sentirse tranquilo i verdaderamente olvidado del mundo.

---¡Las mujeres! El matrimonio!—solia decir.

¿Cuál de ellas podria llegar a compren-

der la verdadera razon de su pesimismo prematuro? ¡I cuál de ellas sabria comprender sus dolores i enamorarse del pobre artista!

—Ninguna—se contestaba, haciendo uso para consigo mismo de un absolutismo atroz, cruelísimo.

V

UNA VISITA INESPERADA

Un dia, Marta habia ido a conocer el gabinete casi misterioso de Paulo.

Fué antes de retirarse, despues de una visita.

¡Conocer el gabinetito de Paulo!

Habia llegado hasta él diciendo que llevaba las primeras violetas de invierno para el *diletantti*.

¡Una coqueteria inocente!

Paulo la halló entonces mas linda que nunca Habia mucha dulzura melancólica en los grandes ojos negros de esa hermosa mujer de treinta años, cuya mirada lenta i profunda parecia fatigada por el placer. Las rubias ondas de su peinado caian desfallecidas, como marchitas, sobre el maravilloso modelado de su cara color levemen-

te azulado, como las flores blancas marchitadas por el incienso. La sombra de sus pestañas aparecia temblando sobre sus ojeras profundas, que acusaban mejor el modelado de una de esas narices finísimas que parecen acariciadas constantemente por la voluptuosidad de la pasion i los perfumes.

—La vida de siempre, primita Marta—le dijo Paulo.—Ya me ve: con estos libracos nuevos i ningun proyecto. i cada vez mas triste i mas enfermo. ¡Cualquiera creeria que deseo hacerme el romántico! Pero es la verdad, vivo en una celda. Del mundo solo escucho el ruido lejano i lo que alcanzo a divisar a través de los vidrios de ese balcon empañado por las brumas del invierno.

—¡Ah! ¡Esta vida de conservatorio!—dijo ella.

—I la temporada de invierno, llena seguramente de espectativas risueñas para la jente que puede divertirse.

—Es la época de los matrimonios...

—Usted, Marta, se casó en este mismo tiempo. Es una estacion deliciosa, que garantiza anticipadamente la felicidad.

Ella se sonrió, diciendo:

—Así es, así es...

—No se nada realmente de vida social. Nada. Las revistas del gran mundo que suelen publicar los diarios, no las leo nun-

ca... porque no leo ningun periódico i porque me fastidia un poco esa literatura ramplona i al alcance de quien quiera alcanzarla.

—Así es, — volvió a sepetir Marta.

Parecia dominado por alguna idea fija, por alguna preocupacion impertinente o por el deseo de decir algo que no se atrevia.

—¡Ah! ¡Qué linda mujer! ¡Qué lejos i qué cerca de nosotros está a veces la felicidad!— pensaba.

Ella se habia puesto de pié, mirando i moviendo los cuadros, las fotografías parisienses de Dornac i Nadar, en un alegre trasiego de muchacha curiosa.

—¡Ah! ¡Si la prima Marta viniera siempre a alegrar la tristeza de este rincon en eterno otoño!...

—¿Cuándo quieres que vuelva?—le preguntó ella sentándose de nuevo.

—¡Cuándo! siempre...

El se sentó en un estremo de la *chaisse longe*.

—Dime.—le dijo, mirándola,—¿por qué me hablabas de usted hace un instante?

Ella adivinó que se acercaba el momento en que Paulo iba a decirle algo que escuchaba ya, i se paró como asustada.

Paulo sintió con una vehemencia cruel el asedio de la necesidad de decirle si aún no comprendia que la amaba tanto.

Mas que en ocasion alguna, en ese mo-

mento se sintió perdido irremisiblemente, sin el ausilio de una mujer que le salvara de su apatia perenne, de su pena secreta i eterna que le aceleraba la muerte.

Marta se acercó a un gran *panneau* de fotografías clavadas desordenadamente sobre un manton flamenco.

—Una coleccion de las pequeñas diosas del Paris alegre i de moda—le dilo Paulo.

—Son artistas de café-concierto. Los orijinales desdicen un poco de las fotografías. Es una coleccion hecha durante mi corta permanencia en Paris.

La conversacion habia cambiado bruscamente; pero esa pregunta que Marta habia dejado sin contestacion palpitaba entre ambos, haciéndolos enmudecer momentáneamente.

Marta observaba con esa sutil curiosidad simulada de que solo las mujeres pueden hacer uso admirable i correctísimo

—¡Recuerdos de los pecados de juventu!—dijo ella por fin.

Paulo guardó silencio.

—¡Los pecados de juventud, agregó, deben ser los mas queridos!...

I sonriéndose, hablando con gran tranquilidad, como quien piensa palabra a palabra lo que va a decir, continuó:

—No los he tenido nunca.. Desearia tenerlos para contar siquiera recuerdos; pero no los tengo...

Se volvian a hablar de usted. con timidez·

—Acaso no comprende usted, Marta, una vida como la mia.

—Es un poco rara... No comprendo los filósofos a los veintiocho años.

¡I cuando llevan desde que nacen los jérmenes del dolor! Fíjese usted: la vida suele ir acumulando sobre algunos seres un cúmulo tal de fatalidades que llegan a constituir un peso enorme que nos abruma. cambiando nuestro carácter, amargándonos prematuramente.

Hai que convencerse: la vida es demasiado frájil i una circunstancia cualquiera suele trizar para siempre el corazon!...

—¡Ah! Usted habrá sufrido algun desengaño amoroso...

—No sea usted cruel, Marta. Yo no me he *atrevido* a amar.

—Y por qué—le dijo ella, con una voz que acariciaba, con esa dulce voz con que se dicen los secretos.

—La imposibilidad de alcanzar ciertas cosas nos hace desearlas con doble intensidad. I, lo que es peor, esa misma imposibilidad nos hace desearlas perfectas, grandes, puras, así como hai pobres capaces de no aceptar una fortuna si no es inmensa. De igual manera los que están convencidos de que no han nacido para el amor, no podrán en caso alguno satisfacerse con

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

una pasion lijera. vanal, ni podrian engañarse equivocando con el verdadero amor un salto cualquiera del corazon. Yo soi uno de estos.

—¿Por qué? -volvió a repetir Marta con voz conmovida.

Pablo afectó ese sentimiento alegre que aparece como una tortura para con las amarguras íntimas.

—No hablemos de eso... ¿O acaso cree usted que llegará alguna vez a *compadecerme?*

Marta se encontraba sobrecojida repentinamente por una mezcla indecible de alegría i de amargura, de sonrisas i de lágrimas.

—No, es necesario que usted sea franco conmigo .. Acaso yo podria encontrar algun remedio para el pesimista, para el filósofo... De otro modo, me iré enojada con él; no volvería mas, no querria volverle a ver

—No hablemos de eso—volvió a decir Paulo—Figúrese que estaba pensando un cuento i que he referido el argumento a la prima Marta para ver si lo encontraba real.

—Por lo menos, ¿podré leer alguna vez ese cuento?

—¡Talvez no lo escriba nunca!...

Marta habló casi gravemente:

—No lo escribirá nunca porque el héroe de ese cuento es usted mismo...

– ¡Quién sabe!...

Marta habia hablado con tristeza. Le habian emocionado esas palabras vagas, casi indefinibles en que hallaba demasiada amargura: la vida suele ir acumulando sobre algunos séres tantas fatalidades que a la larga llegan a constituir un peso enorme que nos abruma, cambiando nuestro carácter, amargándonos prematuramente... Hai que convencerse: la vida es demasiado frájil i una circunstancia cualquiera suele trizar para siempre el corazon...

Recordó su matrimónio. i las penas que para ella le habia significado; comprendió que Paulo sufria mucho, i, como si la desgracia quisiera tender entre ellos algun vínculo comun. presentia que llegaria a enamorarse de él.

La visita habia sido larga. Concluía tristemente. casi con las secas palabras de ordenanza, pronunciadas con una emocion intensa:

— Adios - le dijo ella i reteniéndole la mano. le preguntó:

—¿Cuándo me leerá el cuento?

El recordó entonces el pasaje de una novela famosa:

— Cuando hayan muerto esas violetas, le contestó.

Marta se las entregó rápida i nerviosamente, saliendo sin agregar una sílaba...

Paulo se acercó a la ventana para verla subir al carruaje.

VI

PROYECTANDO UN ROMANCE

Los médicos habian hablado de nuevo lúgubremente del estado de Paulo. Una debilidad creciente continuaba amenazando ese pobre organismo en ruinas. Unos cuantos grados mas de fiebre i los médicos no responderian de nada. Bastaria un soplo, cualquiera emocion fuerte para complicar fatalmente ese mal en perpétua marcha hácia la muerte.

Una amenaza siempre creciente ponia la tumba ante el enfermo como un doloroso bien final, que no se sabia cuando llegaria, pero que llegaria al fin, hoi, mañana o pasado. Los médicos ya no lo ocultaban a la familia. Habia que retardar el desenlace de esa doleneia sorda que caminaba paso a paso sin detenerse jamas en su terrible marcha.

El enfermo prolongaba su martirio, vejetando dia tras dia entre pieles, al lado de la estufa, desde la cual Marta le miraba sin cesar, sonriéndole cariñosamente, asomándose en el marco dorado, con su espléndido traje que dejaba ver sus hombros desnudos, modelados blandamente, surjiendo como una rosa blanca del verde oscuro de un traje de baile.

El invierno habia recrudecido, desterrando durante dias interminables el sol i la luz, escondiendo esas cariñosas sonrisas, promesa de una primavera cercana, que son la alegría i el consuelo de los enfermos i de los pobres.

¡Habia que resignarse! continuar la reclusion claustral a que le tenian condenado,—reclusion inviolable a causa del fúnebre recrudecimiento que alcanzaba el invierno por aquellos dias.

Las violetas de Marta hacia muchos dias que habian muerto, evocándole desde su estraño i cincelado ataud, la última visita de esa mujer para la cual sentia crecer ún cariño inmenso, un anhelo de vida i de felicidad, tanto mas doloroso desde que habia descubierto los diagnóticos terribles de sus médicos.

¡Ah! la última visita,—un capítulo de ese amor imposible.

¡Amar por primera vez! ¡Amar con los restos de fuerza que le estaba disputando la muerte!

Como esos árboles cuyas últimas hojas caen al estremecerse i temblar con el viento del otoño, su amor aceleraria el desenlace

Y, sín embrrgo ¡de cuántas cosas le hablaban esas violetas muertas,—cadáveres que hubiera querido sepultar para siempre en su corazon!

Los dias continuaban alejando mas i mas la visita de Marta. Pero por un frecuente fenómeno de óptica moral, a medida que ese dia se alejaba, él percibia mas clara i en relieve la figura de Marta.

Una incertidumbre incesante le hacia sufrir doblemente, haciéndole pensar, poniéndolo entre la muerte i su pasion sin esperanza.

—Entre la pasion i la muerte...

Y al pronunciar esa frase, algo indefinible, dulce i cruel a la vez, parecia que le empapaba en llanto el corazon.

Era necesario que viera a Marta Pero los médicos le prohibirian salir. Saldria, no obstante, en una fugaz escapatoria de detenido que huye de sus centinelas.

Comprendió toda la gravedad de esa entrevista tan deseada i comprendió tambien que ya no tenia fuerzas para no confesarle que la amaba, que ese amor, nacido ante la muerte,era algo santo, supremo en él, algo santifidado por el silnncio de tanto tiempo.

Solo, soñando, esperimentando a ratos verdaderos erranquas de pasion, meditaba i pensaba en lo inconcebible de esa declaracion tanto tiempo palpitante entre los labios... Un temor repentino le ataba de nuevo, avergonzándolo i cohibiéndolo de antemano.

Nada mas cierto que todas esas dudas

atormentadoras que martirizan a los que llevan arraigado en sí el jérmen de su desgracia. Oprimidos, esclavizados durante años i mas años, viven bajo una tirania que no se atreven a romper.

Paulo se sentia de nuevo niño i no podia coordinar las palabras, en una anticipada turbacion.

Pero tuvo una idea que le pareció feliz: escribir ese cuento que Marta le habia pedido, ese cuento que seria el reflejo fiel, el análisis íntimo, la confesion de su amor...

VII

EL GRANDE HOMBRE...

El Ministerio habia quedado definitivamente organizado. Nadal, el padre de Paulo, se convertia así de improviso en grande hombre, en grave i severísimo regulador del laberinto parlamentorio... Era admirable su tacto i su talento políticos: gobernar con todos sin gobernar con nadie.

«Despues de la infausta guerra civil, el pais necesita paz i tranquilidad para salir alguna vez de la estenuacion i de la anemia en que lo dejaron aquellos sucesos, que por fortuna han pasado ya al dominio

de la historia», decia el grande hombre, estendiendo las manos sobre las venerables cabezas de los mandatarios del pueblo, en el discurso con que saludaba al nuevo Ministerio.

Un representante cercano a los bancos ministeriales, no pudo contener por mas tiempo las esplosiones de su entusiasmo i empezó a golpear con el regaton de su baston sobre el suelo inviolable del recinto.

—Mui bien, mui bien, repetia.

Nadal bebió majestuosamente un pequeño sorbo de cognac, i continuó esplayando sus ideas.

Apiñábanse los periodistas, estrujándose unos contra otros en su elevada tribuna, hambrientos de pescar íntegro el *discurso*...

Paseó el grande hombre una mirada fria, inespresiva, de indiferencia suprema, por la sala, i continuó hablando de la dificilísima situacion porque atravezaba el pais. Un soplo de grandeza estatuaria parecia envolverle.

El futuro bien del pais brotaba a raudales de sus labios un poco rebeldes al sombreo de la frase i del período.

Solo el humo de los cigarros se permitia ondular en la atmósfera de la sala, simulando tules azulados que se arremolinaban revolucionariamente cuando entraba algun ujier, entreabriendo las puertas de la secretaría.

El discurso hacia buen efecto, i por fin las galerías estallaban en aplausos que comprimió un risueño campanillazo del presidente reciente electo.

Aquella manifestacion de desinteresada e indudable espontaneidad, alentó al orador para continuar espolvoreando a su discurso frecuentes narigadas de *erudicion* i de *elocuencia*.

Proseguia con patriótico fuego la latísima esposicion de su discurso, i aquella frase *admirable*, tan redondeada i fácil de «la paz, la confraternidad i el trabajo», habia concluido por *encantar* a un honorable lejislador, cuyo tejido adiposo, exajeradamente difundido en el rostro, ponialo en el caso bien doloroso para él, de no poder hacer cumplida justicia, gritando:

—Bien, mui bien...

Pero los pleonasmos fisiolójicos de aquel honorable representante de uno de los pueblos mas agrícolas del sur, no le impidieron decir al mas cercano de sus colegas, en una gama vocal mas que suficiente para que la escuchara el orador:

—Admirable, admirable...

Entretanto, afuera, en la calle, encorvábanse los transeuntes bajo el permeable abdómen de sus paraguas.

—¡El suplemento con la sesion!—gritaban los suplementeros.

El orador continuaba su discurso i ha-

blaba de los círculos i los pequeños partidos. Su elocuencia tribunicia desplazaba todo su peso, al hacer la historia de los partidos políticos, intrincada nomenclatura de nombres i fechas que pasaba i pasaba, sombreada por pausas solemnísimas.

—El orador hace un poco de historia—se advirtió así mismo el honorable lejislador físicamente monumental, espeliendo con estraordinaria fuerza motriz el humo de su cigarrillo.

Todo el porvénir del pais brotaba, destellando mil ecos áureos, cristalinos, de los labios del grande hombre.

Los escalofrios de aire glacial que penetraban a la sala, cuando algun ujier entraba o salia, traian de afuera muchos ruidos, ecos i rumores confusos.

—El suplemento, el suplemento con la sesion.

Y el grande hombre, sin fijarse en que el enorme reloj de bronce, coronado por la República con su invariable gorro frijio, acababa de dar las cinco i media, parecia continuar interminablemente su discurso.

—Su señoría podria continuar en la sesion próxima, si piensa darle mas lato desarrollo a lus ideas,—le interrumpió el honorable presidente.

Y la sesion se tevantó en medio de grandes aplausos.

– Espléndido, espléndido, se oia decir por todas partes.

Y confundido el grande hombre por una interminable i mareante baraunda de «esplendidos» i «magníficos», veíase estrechado, rodeado, lapidado bajo interminable lluvia de abrazos i palmadas. Alejábase, por fin, lentamente, alumbrado por la luz bastidoresca de los pasillos, lo que dábale no poco parecido a esos *viveurs* de largos paletoes que van de un camarin a otro, bajo la luz de las baterias aéreas, mantenidas a media fuerza de medidor durante los entreactos.

*
* *

– ¡Rápido, rápido!—le dijo el grande hombre al cochero, cerrando la puerta del *coupé*.

Se encontraba feliz con el éxito de su discurso. Necesitaba estar contento, espandirse.

¡Allá, allá! – le repitió al cochero, inclinandose hácia adelante, golpeando con la punta de sus dedos enguantados los vidrios delanteros del carruaje.

El éxito habia sido espléndido, casi inesperado, i entre el humo de su cigarro, adormeciendo los ojos, como un jeneral que escudriña el horizonte, el grande hom-

bre veia flotar, ondulando, la ansiada la halagadora banda presidencial.

El carruaje se detuvo impensadamonte.

Nadal, asomándose por los vidrios de la portezuela, repitió un «hemos llegado» inconsciente. Y hasta hubiera subido a saltos la escalera de mármol, ensombrecida por datileros orientales, si no hubiera refrenado su espansion infantil un oportuno recuerdo de su encumbradísima situacion política, i si el mozo, de pié sobre los últimos escalones, no le hubiera pasado un papel que consiguió detener por un instante ese deseo de mujer, arrebatador, irresistible, que suele sentir el hombre despues de sus triunfos i de sus éxitos afortunados.

—La cuenta del gas, habia dicho el mozo, quien volvió a guardársela en silencio, abriendo paso a Nadal, que entraba ya al pequeño salon mas próximo al vestíbulo.

Ahí se detuvo un instante apoltronándose con incomparable complacencia, como un viajero de ferrocarril que trata de acomodarse lo mejor posible, buscando la mas holgada de las actitudes.

Marta apareció luego, encojida, contristada bajo su larga capa, forrada en pieles. Y tras la sorpresa sonriente de ver a Nadal a esa hora inesperada, dijo riéndose, como feliz con esa llegada:

—Querido doctor, creí que usted no vendria hoi...

Le llamaba así, queriéndole decir que era él el único hombre que curaba sus tristezas...

Dijo que habia pasado un dia terrible, verdaderamente infernal, sin atreverse a salir, atormentada por sus neuraljias i acordándose de él, de Nadal...

—Mé he acordado tanto de usted hoi...

—¡Ah! es que los diarios de la mañana, los diarios de oposicion hablaban hoi un poco de mí, en sus seccioncillas de guerrilla ...

—No, no es por eso.

—Sí, sí contestaba Nadal: no se puede negar que esteriormente la política tiene un interés especial para las mujeres.

—¿Y su esposo, señora? le preguntó en seguida. a media voz, con gravedad lijeramente cómica.

—En el campo, como siempre... Estoi temblando que la lluvia que le ha caido a sus cosechas me deje este año sin palco en el teatro ..

En tal caso—balbuceó Nadal...

Y empezó a sonreirse de la aparente inconsciencia de esa mujer delicadísima.

¿Y no me pregunta usted nada de la sesion de hoi?—le dijo él.

—¡Ah!...

—He andado con fortuna. La oposicion

ha quedado poco menos que derrumbada... sin saber qué hacer,—agregó casi a media voz, paladeando las palabras en medio de una mezcla sibarita de orgullo i de modestia.

—Sin saber qué hacer—repitió—abordé la cosa *bajo todos sus puntos:* estudiando históricamente la division de los partidos i sus males, llegué, paso a paso, a la conclusion de que es necesario unificarse para ir resueltamente a la terminacion feliz de un programa de rejeneracion económica.

Marta suspiró melancólicamente

Y Nadal, el político, el estadista, se irguió de nuevo, como en los bancos de la mayoría; i continuó hablando estensamente de la situacion de los partidos.

Acaso no hai hombre que no tenga una manera especial, aprendida o no, para las mujeres; pero Nadal, en las frias postrimerias, ya casi en el fúnebre *requiem* de esos amores que, políticamente, empezaban a perjudicarlo, principiaba a tiranizar con sus majaderias a esa mujer jóven, esquisita, que veia con terror que se le hablara de política.

—¿Dijiste que *tu* marido no vendria hoi? Comeremos solos.

Marta se sonrojó levemente, escondiendo la barba, con un jesto de coqueteria encantadora, en las pieles de su cuello, como

si sintiese estremecimientos de frio o de pasion.

Sonó en ese instante, sacudida lánguidamente, la campanilla que anunciaba que la comida estaba servida.

Ambos se pusieron de pié

—Y usted ¿qué ha hecho hoi, durante este dia tan feo?

Esa etiqueta de la pasion, ese tratamiento repentino de usted, equivalia a una caricia.

El le estrechó la cintura

Sintieron ruido de pasos, i entraron gravemente al comedor solitario. Nadal se inclinó en el umbral de la puerta, dejándola pasar.

Y luego, como para asumir su papel de dueña de casa, élla dijo que habia que rogar a Dios que hubiesen hecho algo pasable que comer.

—Esta jente es así; figúrese, Nadal: una cocinera nueva— agregó con un tono de dulce e indignada resignacion, i echando sobre una silla su capa de pieles, sacudió las manos, como un pájaro que aletea antes de volar, i empezó a remolinear coquetonamente la muchedumbre de crisantemos que miraban asustados bajo los candelabros de plata en que pestañeaban las luces, temblando como si hubiesen descubierto que era premeditada la soledad en que se encontraba la mesa aquel dia...

...Me han mandado decir que Paulo sigue mejor,—dijo Marta despues de ese inevitable silencio de las comidas que empiezan.

—¡Pobre niño!—i suspiró con melancolía el grande hombre.

Es una enfermedad estraña la suya ..

¡Qué estraña! Los médicos se la esplican diciendo que a causa de ese terrible raquitismo de su pecho, empieza el corazon a ser comprimido poco a poco. Hai que resignarse con un desenlace que puede venir cuando menos lo pensemos.

—¡Pobre Paulo!

—Realmente, es digno de compasion. Su enfermedad ha llegado a agriarlo hasta hacer algo incomprensible de su carácter.

—Parece un misántropo. Pero cómo no.. Figúrese usted, Nadal, el martirio de comprender que se está de mas en la vida ..

Y como mujer jóven, haciéndolo estribar todo en el amor, se sentia enamorada de la desgracia del pobre Paulo; hubiera querido hacer feliz a ese pobre sér que se iria del mundo, creyendo que ninguna mujer le habia amado.

—Se irá de repente, cuando ustedes menos lo esperen...

La comida avanzaba tristemente. tomaba una languidéz casi romántica, que com-

placia a Nadal, como un contraste de esas emociones del dia, en que sus nervios habian hecho un repentino esfuerzo tanto mas visible i poderoso cuanto que hacia mucho tiempo que vivia en calma, casi alejado de la política activa del parlamento, de la tribuna i de la prensa.

—Ultimamente los médicos han agregado lo de siempre: que temen un desenlace próximo.

Marta sentia algo como un placer nuevo, como una voluptuosidad desconocida paladeando esa pena vaga al lado de un amante que no habia descubierto los mil matices i vaguedades de su temperamento de mujer apasionada, ansiosa de amar.

VII

UN MINUÉ DE GLÜK

Cuando quedó sola, pensó de nuevo en el enfermo, en Paulo, i sintió un sobresalto insoportable: se puso de pié i comenzó a rejistrar un album de fotografías antiguas; despues quiso leer, pero de las amarillentas palideces del album i de entre las interlíneas de los libros brotaba lánguida-

mente una dulce sonrisa de enfermo que parecia pedirle compasion, amor.

Era un asedio repentino de mujer nerviosa en cuyo corazon dormitaba, empezando a despertarse, el romanticismo a que tenia que ir un corazon que sediento de algo ideal, solo habia conocido las realidades amargas de la vida

Era su corazon que ansiaba una pasion nueva, escepcional ..

Y, al pensar así, sentia que una frase atroz le zumbaba en la cabeza, enrojeciéndola, llenándole los ojos de lágrimas

—Engañar al marido; i en seguida traicionar tambien al padre con el hijo...

¡Ah! pero ante esa frase, como una necesidad de reaccion, le hablaba el deseo inmenso de ser buena, de borrar el pasado. Se arrepentia de súbito de ese pasado, queriéndolo purificar con las lagrimas que asomaban a sus ojos. I como ante el temor de un nuevo pecado se prometía siempre vida nueva, la vieja frase parecia jemir entre las vagas melodias de un minué de Glük que se habia puesto a tocar.

Vida nueva... — murmuraban las notas del arcaico i olvidado minué; i sus sílabas profundas, que le llegaban al alma, la ternura infinita de su poesia, le parecia que agregaba: vida que se va...

Una nueva vida para élla, i una vida que

se iba para el pobre enfermo que talvez la amaba en silencio.

¡Vida nueva!...

I sin atreverse a pensarlo, para hacerse solo ella la responsable de su vida, recordó sin embargo, a la niña casada, sin mas moral que la que le habia enseñado el confesor,

VIII

LA LECTURA DE UN CUENTO

Era el dia siguiente el que Paulo habia escojido para su visita a Marta. El cuento estaba terminado i lo guardó temblando al salir aquel dia de invierno, que por un capricho de la naturaleza, parecia de espléndida primavera.

A medida que la victoria avanzaba, Paulo veia mas de cerca la gravedad que iba a tener para su penosa existencia esa entrevista que seria la primera i que tambien seria la última.

Hubiera querido detenerse, volver atrás, retardar acaso para siempre ese momento tan deseado. Los manucristos de su cuento le palpitaban en su corazon moribundo,

BIBLIOTECA NACION
SECCIÓN CHILENA

haciéndole sentir el peso de algo que le atormentaba dulcemente.

¡Ah! ella comprenderia que ese cuento era una declaracion que él mismo no se habia atrevido a hacer. De tal modo que la entrevista tenia para él algo de incierto, de oscuro, que le confundia i desesperaba. Era el enamorado a ciegas que no ha tomado préviamente el pulso al corazon de la mujer amada.

¡Iba tras un enigma, tras un misterio! Las dudas mas crueles i atormentadoras le envolvian en sus redes, sumiéndole en algo como un delirio intenso que ajitaba i movia su voluntad, alejando o redoblando su decision de ver por última vez a Marta.

Eran las tres apenas, de ese dia memorable para Paulo. Demasiado temprano...

Decidió encaminarse al Portal en busca de flores. Hacia varios meses que no iba al centro; así es que todo aquello le hizo un lejano efecto de cosa vista en otro tiempo. En los puestos de flores, atestados de crisantemos i de violetas, simulando grandes jaulas desbordantes de perfumes, uno que otro pobre diablo con pretensiones de elegancia, escojia alguna flor llamativa para el ojal.

Era uno de esos tristes medio-dias del barrio comercial, en que nunca deja de verse una que otra mundana envejecida, o pobres jentes que hacen la impresion de ve-

nir levantándose del lecho de males incurables, i que trafican penosamente, deteniéndose ante todas las vidrieras

A lo largo del Portal casi desierto, unos cuantos desocupados se detenian a mirar tranquilamente las ventanas atestadas de telas i artículos de invierno.

Sumidos en el fondo de la interminable série de casuchines de trapos al por menor, los dueños i dependientes concluian por adormecerse, a la espera de compradores, que nunca llegaban.

El frio sol que bañaba la Plaza entraba de través por los arcos del Portal, cayendo cariñosamente sobre la interminable sucesion de vidrieras.

Paulo se entretuvo largo rato donde Mr. Chopis hojeando una nueva novela de Bourguet, de Bourget, su novelista favorito. Realmente, Paulo sentia, comprendia mui bien que respiraba un ambiente malsano, enfermizo, en las novelas de ese implacable anatomista del espíritu, Pero sus pájinas, inficionadas de acres observaciones, que hacian la historia psicolójica de sus héroes, le sujestionaban haciéndole gozar las delicias de una atraccion irresistible.

—¿I qué otras cosas nuevas, Mr. Chopis?

Los dependientes agrupaban ante Paulo verdaderas pirámides de esos tomos amarillos, acabados de llegar, que traen de allá, de allá de la corrupcion, de los ambientes

inficionados el microbio pesimista i las palpitaciones epilépticas del siglo agonizante

Mr Chopis parecia contento de ver a Paulo, al *diletantti* casi misterioso que solo mui de tarde en tarde solia aparecer rejistrando los libros i los álbums del Paris que *s'amuse.*

Pero habia llegado la hora de encaminarse por fin a casa de Marta.

—*Mr. Chopis, adieu.*

—*Au revoir, Mr. Paul.*

I Paulo subió a su carruaje, ajitado por una inconsciencia casi vaga de lo que iba a hacer. Se trataba de algo decisivo en su vida,—vida monótona dentro de su eterno camino de espinas, vida sin transiciones, sin novela. i cuyo punto final seria la lápida blanca i sin inscripcion alguna que ya deseaba para su tumba.

¡Qué podria venir despues de esa visita próxima! Seguramente la desesperacion irremisible, un alejamiento que se haria eterno con la muerte pronosticada por los médicos que le habian profetizado el desequilibrio total, el derrumbe, la *débâcle*, el completo aniquilamiento, el dia en que tuviera alguna gran impresion moral. I esa impresion terrible, destinada a estrecharle para siempre el corazon, se acercaba por momentos, exaltándolo, turbándolo, en una confusion de ideales indescifrables i encon-

tradas. Se habia preparado mucho para ese dia, que a medida que se aproximaba le parecia, sin embargo, que se alejaba mas i mas... Creíalo tan lejano, que, al verse en él, temblaba, pareciéndole que la sangre se le subia a la cabeza, conjestionándolo i quemándole las mejillas.

Por la milésima vez sintió deseos irresistibles de hacer volver el carruaje. Reanudábanse atropelladamente sus temores i sus esperanzas en una tempestad deshecha de exacerbaciones i descorazonamientos, en medio de los cuales aparecia entre vaguedades de delirio la májica figura de Marta.

Durante la carrera del carruaje, se veia lanzado en un torbellino cuyo ruido le impedia concretar bien sus pensamientos. Llegó, pues, impensadamente a casa de Marta.

El timbre sonó claro i alegre allá. en lo alto, pareciendo gorjear entre las ramas de palmeras orientales que proyectaban sobre los escalones de mármol una elegante confusion de líneas que semejaban abanicos quebrados.

Paulo se sintió turbado, i al pasar lentamente ante los espejos del vestíbulo, se frotó la cara con violencia para alejar la palidez.

Pero se dibujó en ese instante una sombra blanca en el barniz de una de las puer-

tas que daban al vestíbulo. Era Marta que salia al sentir un ruido que la sobresaltó de súbito, porque el corazon le decia que tenia que ser Paulo, el pobre enfermo, el que llegaba

—¡Ah!...

Fué una esclamacion simultánea, mezcla de temor, de sonrisas, de alegria.

Ella se adelantó con su paso de ave asustada.

—¿Es usted, Paulo? le dijo.

—He venido por fin...

Marta le puso la mano en el hombro con cariño de hermana mayor, conduciéndole al pequeño salon en que pasaba sus tardes interminables, al lado de su piano, observando, reclinada en su *chaise-longue*, la tristeza de las calles sin vida, silenciosas, sin mas ruido que el rodar de los carruajes.

—He aprovechado este dia de sol para venir a pedirle perdon por mi ausencia de tanto tiempo... Pero ¡qué quiere usted! los médicos se han convertido en carceleros que me vijilan sin cesar. Ha sido necesario que huya, escondiéndome de ellos, para poder venir a cumplirle mi palabra.

Se sentia de nuevo turbado ante esa mujer tentadora, ideal, con su peinador de casadita jóven, afirmada en la *chaise-longue* de su retrete tibio, perfumado, silencioso, rodeado de tapices i colgaduras que pare-

cian alejar por completo del mundo, sumiendo en un ensueño, a la hermosa mujer que le miraba sonriendo, afirmando sus rosadas manos en el broquel de bronce de un jarron lleno de lirios.

Ese peinador blanco le recalcaba mas y mas la distancia que separaba de él a esa mujer divina.

- Los médicos. los médicos... no hai que hacerles mucho caso—dijo élla sonriendo.—No tienen otra mision que amargarnos. I. sin embargo, te encuentro mejor ahora; te encuentro bien, casi restablecido.

—¡Ah, no! Usted se engaña, Marta.

—Yo he leido un libro en que hai personas que viven sujestionándose a sí mismas, creyéndose victimas de males que no padecen. Usted es una de esas personas.

—No, yo estoi realmente mui mal, enfermo, condenado... No es romanticismo. Usted sabe que los médicos no tienen nada de románticos i ellos... ellos...

—Se han engañado.

—Al contrario, me han dejado sospechar la verdad, i han hecho bien, porque de otro modo podria venir el desenlace sin que nunca hubiera escrito el cuento aquel.

—¡Ah! el cuento... el cuento triste...

—Pero no hablemos de eso ahora, dijo Paulo, con voz mui lenta, de una amargura sonriente. Insensiblemente, agregó, en-

tristece al fin hablar de la muerte. Porque por mucha resignacion que se tenga, hai que llegar a la conclusion de que la muerte es mui cruel con su amigo Paulo...¡Oh! parece que todo se hubiese complotado para hacerme desgraciado Figúrese usted, Marta, esta enfermedad horrible, implacable, mortal, que me ha ido poco a poco estrangulando, si se puede decir, el corazon; que me ha obligado a vivir casi oculto entre mis libros i sin mas consuelo que mis sueños i .. mis delirios ¡Comprender que se está de mas, que talvez se molesta, que no puede inspirarse cariño, que el amor es algo que está mui distante, que no puede alcanzarse... Entonces, por mas que se tenga una alma de artistá... ¡oh!... entonces empieza a envenénarse el corazon, i casi molesta el placer ajeno...

—No díga usted eso, no lo repita ..

– Entonces la imposibilidad de esperar, redobla la pasion, quemándonos una sed misteriosa, que llega a desesperar mortalmente, viéndonos abandonados en médio de la distancia del desierto . Acaso usted no comprenda el significado verdadero de mis palabras, porque para eso habria sido necesario que usted hubiera sufrido siquierá un poco de mi mismo mal.

– ¡Ah! ¿i usted Paulo cree que yo no he sufrido al verle sufrir?

Guardaron silencio un instante.

—Pero, ¡qué intempestivo es todo esto! ¿No es verdad? Mejor, hagamos un poco de charla con el piano...

—Usted me ha entristecido, i ahora tendrá que alegrarme.

—Toquemos algo, dijo él.

Marta se acordó del minué de Glück que habia tocado noches antes, estando sola, triste, pensando en el pobre enfermo.

—¡Ah! un minué de Glück!

I los adioses del arcaico minué empezaban a difundirse por el pequeño salon, acariciando con sus voces temblorosas, que parecian hablar de despedidas eternas, de besos que huian para siempre.

¡Ah! ¡cómo confundia blandamente a dos almas el dulce, el tierno, el sollozante minué!

Cuando se apagó su última nota, Paulo dijo que habia estado a punto de enternecerle esa música tan vaga, que parece venir de mui lejos e internarse en los sitios mas escondidos de nuestra alma.

—Hablemos de la prima Marta ahora,— dijo él.

—¡Cuanto tiempo hace que ya no me da ninguna frase para mis pobres cuentos! Las mujeres hacen frases deliciosas,—novelas escritas con suspensivos, que suelen quedar aprisionados entre un encaje o entre los azahares de una novia.

—¡Las novias! ¡oh! de mis *azahares* solo conservo *azares*..

—No he sabido nada de bailes, nada de teatros, i es necesario que usted me cuente algo, que trataré de escribir en tres o cuatro dias mas, antes de morir, en todo caso.. Créame, no me asusta *eso*. Lo que me anonada es morir, pero sin novela, sin dejar entre mis olvidados manuscritos algun trozo de encaje femenino. ¡Oh! ¡eso es horrible!

—¿I de quién ambiciona usted que sea ese trozo de encaje o de amor? ..

—¡De quién! ¡I cómo podria decirlo!—dijo, poniéndose un dedo en los labios.—¡Cómo!...

—¡Ah! el cuento, el tema del cuento aquel le mortifica a usted...

—Es un cuento imajinado, un cuento romántico...

La conversacion se hacia difícil, cortada, lenta, falta de palabras; como si aquellos dos séres obsesionados por la declaracion que sentian la necesidad de hacerse, no pudiesen continuar engañándose por mas tiempo.

—¡Hace tanto tiempo que nos vemos i no hallamos qué decirnos!—balbuceó ella.

—Es verdad I sin embargo, no sé por qué me figuro que no nos hemos de volver a ver i que esta es la última visita a la prima Marta.

— No, no hablemos de eso,—repitió ella. —Leamos el cuento.

Paulo sacó sus papeles, escritos con una letra pequeña i febril.

—Bueno, ¿i cómo se llama el cuento?

—No tiene nombre... Usted le dará el que le venga mejor.

Paulo se sentó mirando a todas partes, buscando un poco de mas claridad que la de aquel gabinetito a media luz en que el brillo confuso de los bronces i los cuadros aumentaba la oscuridad.

—Aquí, aquí,—le dijo ella,—señalándole un sitio a su lado, a los piés de la *chaise longue*, vecina a esa ventana casi solitaria de un segundo piso.

I Paulo empezó la lectura de su cuento con voz mui leve, mui ténue, empapada en emocion. Sin duda, era algo sentido hondamente, algo vivido, lo que palpitaba, lo que empezaba a entreverse en el argumento de esa pequeña novela, real, sin recursos dramáticos i llena de interes, sin embargo.

La lectura del relato avanzaba pausadamente, desprendiéndose con palabras suaves, de un acento tristísimo, sombreado por una emocion intensa I, a medida que avanzaba, veíase cada vez mas clara i precisa la figura del héroe de una de esas innumerables «trajedias morales que se anudan i se desenlazan en silencio.» En ver-

dad era una trajedia bien cruel i dolorosa la que pintaba ese pequeño cuento, ese poema admirable de un dolor que habia vivido e iba a morir de incógnito, sin quejas i sin que muchos ni siquiera sospecharan sus tormentos morales. Se trataba de un pobre ser enfermo a quien una traidora deformacion física, que le tenia condenado a una muerte cercana, le habia trastornado el carácter, robándole la espansion i la espontaneidad, concentrándolo en si mismo i haciendo de un niño un misántropo. Ese pobre enfermo no encontraba otro camino sino vivir casi desterrado del mundo, entregándose a sus pasiones de artista cuando lo dejaban siquiera momentáneamente en paz sus achaques. Escribia, pintaba acuarelas i leia. I así, monótonamente, lograba entretener solo a veces algunos de los pocos dias de vida que le habian asignado los médicos. Nada mas sencillo ni mas esplicable como argumento. ¡Pero que tremendo dolor se descubria, en cambio, en esa prosa empapada en llanto! El mismo sentia una opresion horrible al reconocerse fielmente pintado en ese breve poema de una secreta via-crucis moral, que nadie habia conocido, que quedaria ignorada i que él queria confiar a la mujer a quien amaba en silencio.

Marta se habia reclinado en el respaldo de la *chaise longue*, ocultando los ojos, meditando. Era el momento en que Paulo al-

canzaba la parte mas interesante de su lectura: el héroe del cuento llegaba a convencerse de que nadie lo amaria, porque acaso ninguna mujer podria medir todas sus penas ocultas. Pero un dia encuentra una mujer que parece comprenderlo, que sin duda lo comprende, que admira al pobre artista hastiado de la vida i desengañado de ella antes de haberla conocido.... I esa mujer única, esa mujer que él llega a considerar como algo ideal, es una mujer imposible para él.

Marta recordó su última visita a Paulo.

La lectura continuaba relatando el dolor inmenso que habia sentido el desgraciado héroe del cuento ante ese amor repentino, irrealizable, i que no habria quedado satisfecho con el amor culpable....

Ella recordaba vagamente, sentia mas cerca que nunca esa última visita a Paulo, cuando él le habia dicho:

— Acaso usted no comprende, Marta, una vida como la mia.

Recordaba que él habia agregado que nunca se atreveria a amar... Y despues le habia pedido que no hablasen de *eso*...

Comprendió toda la verdad de ese cuento; vió que tambien ella era desgraciada; que habia sido mala casi sin saberlo .. Hallaba un dolor que le oprimia el corazon en las palabras del pobre héroe, que repetia sollozando:

—¡Talvez podria haber sido feliz!

La lectura continuaba, pues, comprimiendo en ambos el llanto que les llenaba el pecho.

—¡Ah! hai que saber lo que es para un hombre, para un jóven, el ver llegar la muerte sin que nadie le haya amado,—decia el triste relato.

Entónces ella pensó, en medio de un arranque de pasion, en un aturdimiento febril, que Paulo moriria cualquier dia i que bastaria una emocion para matarle.

¡Si el amor pudiera matar de felicidad al pobre enfermo! pensó.

—¡Ah! yo hubiera querido hacerte feliz, —le dijo ella.

—Entónces, ya no puedo morir, ya no quiero morir!

Y ella lo estrechó locamente entre sus brazos, oprimiéndolo, manchándose sus encajes con la pálida sangre de las violetas que adornaban su seno...

*
* *

El contacto brusco con el aire frio de la calle estremeció dolorosamente a Paulo, al salir de su aturdimiento fugaz i encontrarse de nuevo solo, sin fuerzas i sin valor para alejarse de esa mujer cuyo perfume

sentia aun, embriagándole, adormeciéndole en un estado indefinible.

¡Oh! qué triste es convencerse de que talvez es preferible el deseo a la realizacion de una cosa porque entre lo primero i lo segundo hai algo que cuando concluye i muere deja solo las huellas imborrables de la alegria pasada.

La tarde empezaba a caer cubriendo el cielo de nubes violáceas, que se amontonaban a lo lejos en vaporosidades ténues como un lecho preparado para sepultar fantasías i visiones que se iban para siempre.

Un frio intenso le estremecia, haciéndole chocar los dientes. Pero él parecia no sentirlo i dió órden al cochero de dirijirse a la Alameda.

Al salir a la calle, al sentir que chocaba la oscuridad, la bruma naciente con la majia de la escena que acababa de tener lugar, desfalleció de pena, de la nostaljia mas cruel.

—¡A la Alameda!—dijo al cochero.

No habria podido resistir a la necesidad ineludible de sustraerse a sí mismo, a sus pensamientos, a la terrible realidad de encontrarse de nuevo abandonado, percibiendo aun el perfume de esa mujer que se habia alejado de nuevo, dejándolo solo, como si pudiera tener fuerzas para soportar semejante martirio. Era otra herida in-

curable la que acababa de abrirse con esa dicha fugaz i de cuyo recuerdo le seria imposible desprenderse.

La bruma de la tarde caia a lo lejos, cercándole en un horizonte opaco, que empezaba a esfumar las líneas de los coches que circulaban por el paseo con aristocrática lentitud, en medio de un silencio fúnebre e interrumpido apenas por el eco levísimo de sonrisas que se escapaban de un carruaje a otro en el vuelo fugaz de un saludo.

Era una larga i doble fila de carruajes, detenidos en medio de la semi oscuridad de la tarde de invierno, como en espera de algun cortejo de algo fúnebre que contrastaba con las grandes capas de color claro de los lacayos, rijidos en sus altos asientos, en actitudes que el frio hacia anquilóticas, de desesperacion resignada; graves, convencidos de su importancia i de su decorativa solemnidad. Bajo los árboles desnudos, sobre la tierra salpicada de hojas amarillas, pasaban apresuradamente los rudos e infelices trabajadores que se retiraban a tranco largo de sus pesadas labores cuya última jornada termina en la fosa comun... Solo sobre el asfalto empapado de la acera norte del paseo paseábase el tropel de elegantuelos que desfilaban interminable i estúpidamente, muertos de frio, en actitudes reumáticas, casi ateridos, disparando saludos mas o menos académicos

i miradas que pugnaban por aparecer dulces, amables i que el frio intolerable de aquella tardecilla de invierno, se empeñaba en hacer acuosas i pronunciadamente acarneradas. Era el acostumbrado corso de las tardes, descolorido, sin vida, automático e inmóvil, eterna espera de mudos espectadores, que decia a gritos el deseo inocultable de exhibicion. Las mujeres se encojian, apretándose unas contra otras en sus carruajes, sintiendo que la sangre se les conjelaba en las venas; pero manteniéndose hasta el último instante por un atroz deseo de exhibirse tras los vidrios medio empañados de sus carruajes, como maniquíes tras los cristales de una vidriera a media luz.

La victoria de Paulo atravesó estrepitosamente el paseo, rompiendo de súbito el silencio de aquel corso adormecido que empezaba a dispersarse a la mezquina luz de los faroles.

La jente pareció asustarse con esa aparicion repentina que pasaba deslumbrando con sus caballos soberbios, atrayendo todas las miradas hácia el interior de la victoria espléndida, que destellaba el ruido cristalino de las cadenillas de acero de sus arneses.

¡Era Paulo que aparecia sepultado entre las pieles de su victoria! ¡Era Paulo ese sér casi misterioso i eternamente incógnito!

Pasaba abstraido, mirando vagamente; pero al llegar hácia el término del paseo, su carruaje se cruzó con el de Marta, la que le hizo un saludo indiferente, frio, espléndido, apenas iluminado por una sonrisa de elegancia i de desden infinito...

Paulo balbuceó algo inintelijible, contestando apenas ese saludo triunfal, i estremeciéndose, llameando con la fiebre que empezaba a devorarlo, pensó en que Marta habia ido al paseo, despues de separarse de él, para tener una coartada fácil en caso necesario.

IX

FIN DE DRAMA

La noticia de la escapada de Paulo fué una sorpresa que en los primeros instantes solo motivó comentarios entre la servidumbre de la casa, la primera en imponerse del suceso.

Pero en la tarde, cuando Nadal volvió del Congreso i preguntó por Paulo, la indignacion estuvo próxima a no tener límites.

—¡Oh! es una enormidad que ese muchacho haya salido hoi i con este dia.

La furia de Nadal estalló ruidosamente con el viejo sirviente de Paulo, con el imbécil que no habia tenido valor para impedir esa fuga inaudita.

Nadal se encaminó al dormitorio de su mujer, enferma desde hacia varios dias, para comunicarle la noticia.

—¡Paulo ha salido!—dijo cruzándose de brazos ante ella.

¡—Por Dios, qué locura ha cometido ese niño!

Un segundo despues, Nadal se encaminó de nuevo al gabinete de Paulo.

Lo rejistró todo, abriendo cajones, buscando lo que pudiera indicarle la causa de esa escapatoria inesperada.

¡Pero nada! Ni un indicio, ni una huella. Y al volverse hácia un ángulo inesplorado de la pieza, en una consola dorada, estilo Luis XV, Nadal descubrió un retrato de Marta, al lado del cual habia unas cuantas violetas ya secas.

Una intuicion repentina de algo que solo en ese instante empezaba a sospechar dibujó en su fisonomia un jesto que habria sido indescifrable si Nadal no se hubiese apresurado a acercarse a ese retrato, ante el cual habia concebido una sospecha horrible.

¡Era el retrato de Marta en traje de baile! El mismo retrato que habia hecho so-

ñar tantas veces al pobre Paulo en sus melancólicas horas de enfermo

Y esas violetas, esas violetas sin vida, ¿no hablaban, no estaban diciendo claramente que habian sido colocadas a los pies del retrato para evocar el recuerdo de algun momento feliz o de alguna promesa?

Pero lo que Nadal pensaba era atroz, era imposible, i, ademas, absurdo, porque no se atrevia a suponer que fuera una infame esa mujer i un infame su hijo, que hubieran querido unirse para hacerle la mas cruel de las heridas i la mas imborrable de las ofensas.

Sin embargo, Marta le habia dicho poco antes, la última vez que habia comido con ella, que acababa de saber que Paulo seguia mal... Y habia sido entónces, lo recordaba perfectamente, hallándole su verdadero sentido a la frase, cuando Marta habia hablado de Paulo con tristeza íntima, con pena inocultable que acaso revelaba la existencia entre ella i su hijo de los vínculos de una culpa inaudita e irreparable.

¿Y él no habia vislumbrado antes ese complot atroz, para burlarse de sus canas?

Se juzgaba como un estúpido, digno de la risa; i al meditar en las probabilidades de esa union secreta i terrible, en la lucha oculta que el amor a una mujer iba a esta-

blecer entre él i su hijo, se quedó anonadado, casi delirando.

¡Ah! indudablemente la infamia de Paulo era tal, que no habria mas camino que una separacion inmediata... ¿Pero cómo arrojar a la calle a un moribundo a quien le habian ya asignado los médicos solo uno o dos años de vida? ¿Cómo podria esplicarse él esa crueldad que apareceria con todas las apariencias de un crímen? Su mujer, por otra parte, no lo permitiria jamás.

¡Qué hacer entónces! ¡Separarse de Marta! ¿Y cómo, cómo podria tener valor suficiente para hacerlo i para ver tranquilamente la diaria traicion de su hijo?

¡Ah! ¡ella no habria pensado en el terrible i silencioso drama que empezaba!

¡Terrible drama en verdad, pero que como otros muchos, asustada, la suerte desenlaza junto con empezar!

Dejan, sin embargo, esos fugaces dramas espacios insalvables, dolores eternos, cánceres morales incurables, espinas que no salen jamas, pesimismos desesperantes i esperanzas que no vuelven a nacer.

†

Cuando Paulo entró a su escritorio encontró a su padre sentado en actitud abatida.

—He salido—le dijo—i me siento bastante mal .. Poca cosa, un malestar terrible al cerebro... Me cuesta articular las palabras .. i tambien las ideas... Me siento mal; tengo fiebre.

Nadal le miraba severamente en silencio.

—¿Dónde has ido hoi?—le preguntó por fin.

Entónces sobrevino repentina e inopinadamente el delirio. Paulo miró vagamente, con los labios entreabiertos, andando como un sonámbulo. Con los ojos llenos de lágrimas i palpando el vacio, se encaminó a tomar el retrato de Marta. Temblaba. Al andar, sus piernas se revelaron de súbito, no queriéndose doblar.

La cara encendida por la fiebre le transformaba por completo, alejando la eterna palidez del enfermo incurable.

Nadal lo comprendió; pero esa inevitable crueldad a que conduce el amor del que ha sido herido en lo mas íntimo, hizo que le preguntase de nuevo a su hijo:

—Dime ¿a dónde has ido hoi? Es necesario, es inevitable que me lo digas.

¡Ah!...—contestó Paulo, como si saliera bruscamente de un insomnio,—donde Marta...

Y una sonrisa dolorosa plegó sus labios al pronunciar ese nombre.

—¡Donde Marta! No sabes lo que has hecho: lo que no haria jamás ningun hijo con su padre .. ¡Me has traicionado!... Has sido infame i criminal conmigo... No puedes haber obrado inconscientemente... Me has herido .. No has comprendido lo que es un hijo... No debia decírtelo; pero no he podido quedarme en silencio, porque desde hoi desaparece para siempre todo vínculo entre ambos... Yo no soi ya tu padre!...

Acaso la fuerza de la sangre que fluia tempestuosamente a su cerebro i a su corazon, despejó la imajinacion de Paulo, poniendo clara i visible ante él la verdad tremenda, destinada a concluir su vida en una silenciosa e ignorada trajedia.

«¡No soi tu padre!» ..

Y Nadal habia salido solemnemente, cerrando la puerta para que no entrase el frio aire de la noche a la pieza del enfermo. ¡Un último cariño de padre!

Paulo quedó solo de nuevo, inmóvil, con la cabeza entre las manos, temblando, estremecido por el delirio que empezaba a llenar su cabeza de incoherencias, de ideas que pasaban dislocándose, desparramándose de súbito, haciéndole pronunciar dolientes frases sin sentido.

Pero recobró de nuevo una fugaz i mortificante realidad de lo que acababa de pa-

sarle en una acumulacion de placeres i torturas, tan rápida e impensada, que jamás la hubiera previsto.

¡Cruel capricho de su organismo ese de volverle a la quemante realidad para hacérsela doblemente tremenda e irreparable!

¡Se hacia así mas intensa su insoportable tortura; volvia a la razon solo para comprender mejor la magnitud del terrible drama!

—Ha llegado, por fin, el último capítulo de la novela, esclusivamente mia. de la novela con que habia soñado tanto! —dijo— Solo que el final ha sido inesperado. ¡Oh! es horrible, tartamudeaba. Marta .. mi padre .. ¡Yo entre ellos! ¡Oh! i, sin embargo. todo eso es cierto...

Se oprimió el pecho, conteniendo los latidos de su corazon que se percibian clara i distintamente, últimos tic-tac del misterioso reloj que se detenia para no volver a emprender mas su cansadora marcha.

Aun tuvo fuerzas para arrastrarse hasta el rincon en que yacia el retrato de Marta.

—Yo le perdono esta doble traicion— dijo.—Me ha engañado, haciéndome vislumbrar una felicidad que no me pertenecia, una felicidad que no podia darme. Está bien — agregó; — i sin poder contener el llanto, empezó a llorar como un niño.

—¡Ah! todavia queda algo que destruir —dijo—apretando entre sus manos, en las que vagaba aun, próximo a alejarse, el perfume de los cabellos i los besos de Marta, los manuscritos de su cuento...

Mas, le faltó valor para consumar ese último sacrificio.

—Mar...ta, la última esperanza,—agregó.

Volvia el delirio.

*
* *

Al dia siguiente, la junta de médicos declaró a la familia que se trataba de una hemorrajia cerebral.

—Es una cosa rara antes de los cuarenta años,—agregaron los doctores.

El enfermo no habia vuelto a recobrar el uso de sus facultades. Continuaba con los ojos cerrados i dibujaba una sonriente desviacion en la comisura de sus labios. La última vez que lo abandonó, durante la noche anterior su profundo letargo, articuló difícilmente el nombre de Marta.

En seguida los médicos volvieron a someterlo a un nuevo exámen.

—Efectivamente, se trata de un derrame cerebral—dijeron, ratificando su primer diagnóstico.

Uno de los médicos le levantó los pár-

pados; las pupilas estaban un poco agrandadas, i se desprendió una lágrima de esos ojos vidriosos i sin vida.

Solo un movimiento irregular, una lenta convulsion aparecia en la mano que habian dejado destapada los médicos.

Cuando llegó Marta, a la una del dia, uno de los doctores velaba a la cabecera del enfermo.

Ella se acercó al lecho andando en puntillas. No sabia bien aun la enfermedad de Paulo. Le tomó el pulso i le puso la mano en el corazon.

—Será un ataque al cerebro,—dijo.

—Ha adivinado usted, señora; es un ataque al cerebro,—agregó el médico casi sonriéndose.

Llegó en ese instante otro de los doctores i juntándose con su colega, pasaron a una pieza cercana para...hablar de cosas del dia:—lo de siempre: una nueva crísis ministerial.

—Ahora sí que no se les escapa a los conservadores, decian.

—¡Y quién sabe, quién sabe!—agregó el otro, dándole cuerda a su reloj.

—Lo que conviene es un Ministerio de hombres de todos los partidos, que pueda ponerse a la *altura* de la crísis económica.

—¡Como un Ministerio de coalicion!...

Y empezaron a discutir a media voz, levantando el tono de cuando en cuando,

bajándolo despues i dejando por fin la sala en profundo silencio, hasta que pasaron de nuevo a la pieza del enfermo.

Un quejido mui leve, casi imperceptible; un jemido ahogado, se escapaba de sus labios, cárdenos, resec s por la fiebre.

Aquello era una especie de silbido, un estertor crepitante.

—¡Dios mio!... ¡se muere!—dijo Marta, encaminándose a un rincon, con la cara cubierta por el pañuelo.

—No es nada,—le dijo uno de los médicos, acercándose a ella. Eso es producido por los bronquios que están un poco irritados.

Y al descubrirse la cara, los ojos de Marta vieron su retrato,—el mismo que ella le había obsequiado pocos dias antes. Junto a él, en un pequeño jarron en que un bonzo chino se escondia sonriendo bajo una pálida flor de loto, estaban las violetas de la última visita. Ese retrato i esas violetas ajadas, le hablaban del moribundo i de su amor. Volvió a llorar amargamente en ese rincon a media luz, en que habia estado poco antes, cuando el pobre Paulo le dejó entrever su pasion.

Todos los razonamientos que la absolvian de la respon-abilidad de esa muerte próxima, huian de su mente, dejándola abandonada, abrumándola bajo la culpa

tremenda de ser ella la causa de la muerte de ese sér a quien empezaba a amar.

.....

Nadal apareció en ese instante, grave, severo, impenetrable, con los lábios lijeramente contraidos, de levita i con el nudo de la corbata correcto, irreprochable. Representaba en ese momento la mas perfecta *academizacion* del dolor. Era un padre que sabia ponerse en un justo término medio, en una apacibilidad que podria haber aparecido glacial i fria, si no hubiese puesto paternalmente la mano sobre la frente del enfermo, i si despues de volver la cara para enjugarse una lágrima, no hubiese agregado que aquello marchaba mal..

Se dejó caer en una butaca colocada al lado del lecho, i pasándose la mano por la frente, agregó:

—Mi pobre Paulo, ¡cómo puede ser que se nos vaya tan luego!

Y por primera vez en su vida, el grande hombre sintió que un dolor inmenso le llenaba los ojos de lágrimas; un dolor que nunca habia sentido,—ese dolor que solo se siente cuando se acerca la muerte. Dejó caer la cabeza hácia los piés del lecho; i olvidando su correccion invariable, ahogado por las lágrimas que corrian por los surcos de sus arrugas, se restregó la cara, deshaciéndose su bigote encanecido.

—Salgamos de aquí, señor,— le dijo uno de los médicos.

Nadal levantó la cabeza i al volver la cara i divisar a Marta en un rincon de la pieza, cruzó los brazos i se quedó interrogándola con sus ojos, a los que daba el llanto una espresion estraña.

Los médicos habian vuelto a agruparse al rededor del lecho, inclinándose sobre el enfermo. Las palpitaciones del corazon se hacian cada vez mas sensibles i violentas.

Puede sobrevenir un ataque al corazon.—se dijeron, quedándose silenciosos, mirando al enfermo con la fúnebre inmovilidad que significa que ya no hai qué hacer ni qué esperar.

La muerte se entraba ahí sin ruido, como si nadie se hubiese sorprendido de verla llegar un poco anticipadamente. Entraba sin causar alarmas, sin carreras precipitadas, sin confuciones; ordenadamente, sin ese desparramo de lamentos i remedios que produce donde hai mas modestia, menos tapices i menos cuadros. Entraba académicamente, sin precipitarse ni espantar a nadie. Era un receptor que para notificar la sentencia, se habia vestido correctamente, dejando al lado afuera sus fúnebres arreos... Todo estaba en silencio Y ni una carrera, ni un apresuramiento Solo el timbre eléctrico resonaba a cada instante alarmando dolorosamente al mas antiguo de

los sirvientes de la casa, a José, el pobre José que ya no volveria a sacudir el frac de Paulo; el pobre viejo que, despues de dejar al azar, aturdido sobre lo primero que encontraba, las tarjetas de los que iban a imponerse de la salud del enfermo, preguntaba tímidamente cómo seguia el *patron*...

\+ † +

Por fin, el *patron* habia muerto, i todos los preparativos para los funerales acaban de terminar, dejando la casa invadida por interminable concurrencia de amigos.

A las oraciones, cuando la capilla ardiente estaba desierta, con sus cirios i sus coronas, entró Marta silenciosamente, en puntillas.

Solo el viejo sirviente velaba arrodillado ante el cadáver.

—Déjeme usted, José; yo velaré, vaya a descansar.

El pobre hombre obedeció.

Entonces ella se acercó al ataud, apartó las flores, i al ver la cara amarilla, cincelada en cera, del muerto, abandonado a esa hora en que se iban las últimas claridades del dia en alas del *angelus* que volaba de

las torres cercanas. lloró, besando febrilmente el grueso vidrio del ataud.

Hubiera querido besar por última vez esos labios que habian palidecido para siempre al florecer en ellos el primer beso, el único, el último... Pero sintió ruidos de pasos, resonando sobre los ladrillos de mármol del patio.

Era Nadal. Pareció no verla.

Han traido mas coronas, - dijo suspirando.

—¿Y esa?

Leyó:

—«Marta a Paulo.»

Era una de pensamientos i violetas azules...

– Las mujeres le llamaban el marquesito de las violetas...¿Y aquellas que él conservaba al lado de tu retrato?—preguntó, mirando llorosamente a Marta.

– Están aquí,– contestó,—esparciéndolas sobre las flores del lecho mortuorio....

– Ha sido necesario este sacrificio. Entre usted i yo está el cadáver del pobre Paulo. Ambos le hemos muerto... Siento la vergüenza i el dolor de haber cometido un crímen.

La luz de los cirios se estremecia, haciendo oscilar sobre el ataud las sombras que proyectaban las flores.

—Fué una locura. Moria porque nadie

le habia amado...Quise hacerlo feliz i lo he muerto.

Marta rompió a llorar.

— Sí, lo hemos muerto,—repitió Nadal.— No nos volvamos a ver. Ahora yo no sé qué hacer con la vida. Adios, Marta.

I Nadal inclinó la cabeza sobre el pecho, i se arrodilló ante el ataud cubierto de coronas.

El olor acre de los desinfectantes, confundiéndose con el de las flores i los cirios, esparcia por la sala olor a tumba, a féretro, a tierra fresca que va a tragarse un cadáver mas ..

— FIN —

INDICE

		PÁGS.
	Dedicatoria.	5
I.	Horas de enfermo.	7
II.	Las joyas de Fausto.	10
III.	Música verdiana.	16
IV.	A la luz de un jarron de Sévres. . . .	30
V.	Una visita inesperada, ...	38
VI.	Proyectando un romance	45
VII.	El grande hombre.....	48
VIII.	Un minué de Glück.	58
IX.	La lectura de un cuento.	60
X.	Fin del drama.	77

ERRATAS

Páj.	Línea.	Dice.	Debe decir.
7	6	procupaciones	preocupaciones
8	30	vía	veía
9	24	haciéndonos	haciendo
9	30	Presvot	Prevost
11	13	Diagoras	Diágoras
12	8	pellerina	pelerina
20	19	Campamni	por Campanini
21	8	desfiba	desfilaba
24	1	aludándolos	saludándolos
27	14	estsechez	estrechez
28	17	tenta	tentacion
29	26	sena	cena
41	9	dilo	dijo
47	23	silncio	silencio
47	26	erranque	arranques
50	4	reciente	recien
62	19	Bourguet	Bourget

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA